

EL REFERENDUM DE MARIA SARMIENTO

En aquellos años de posguerra—o lo que fuesen, que ni años parecían de tristes que eran, su padre—, los mayores tenían más tiempo libre y podían emplearlo en actividades sádicas con los niños. Los niños estábamos para recibir capones y para que se rieran de nosotros: era el aprendizaje de cara al crecimiento económico, el cual permitiría

que nos diesen grandes golpes y que se carcajearan de nosotros, pero además con medios audiovisuales.

Una de las actividades sádicas de los adultos consistía en tomar al tierno niño en brazos y preguntarle: «¿Quieres que te cuente el cuento de María Sarmiento?» Muy ilusionado, aunque siempre algo receloso ante la rara sospecha

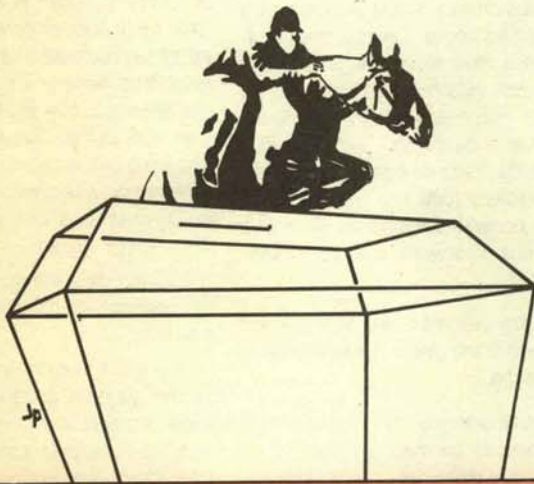
de que se le ofreciera algo que no doliese, el niño respondía invariablemente: «Sí». El adulto ponía cara de triunfador: «No te he preguntado ni que sí ni que no; te he preguntado que si quieres que te cuente el cuento de María Sarmiento». Ya mosca, el niño replicaba: «Te he dicho que sí». Absolutamente feliz, el degenerado del «mayor» insistía: «No te he preguntado ni que sí ni que no... etcétera». Así, hasta que la criatura se hartaba y decía: «¡No!». Lo cual acrecentaba la felicidad del torturador, que volvía a golpear: «No te he preguntado...». Hasta que el niño huía pasillo adelante, llorando de rabia y de asco. Y tal vez de curiosidad por saber cómo sería el cuento de María Sarmiento.

Pero nunca lo supimos. Seguimos cobrando, haciendo-

nos mayores, soportando sádicos, aprendiendo a ser sádicos o quedándonos, en casos de gran debilidad, en masoquistas. Pero, como todo, aquello también servía para algo. Gracias al cuento de María Sarmiento, nos enteramos hasta las cachas de lo que es un referéndum.

Te ponen a decir que sí y que no durante dos horas; te niegas a contestar; vuelves a decir que no; pero te da lo mismo; el cuento de María Sarmiento no te lo cuenta ni tu padre.

Pero yo lo he sabido todo de mayor: María Sarmiento era una tía muy buena que se había llevado toda la pasta a Suiza, y allí se la gastaba en gigolós. En realidad, yo mismo fui—aunque por una corta temporada— gigoló de María Sarmiento en el sesenta y ocho. ■ CAÑAVERAL.



GIRON, DIMISION

Girón se ha marcado una dimitida. Ha estado muy bien. Tenía unos motivos personales, y entonces no personaba por lo de la Comisión Mixta y no hacía lo de la reforma, así que le ha dicho a Arias que lo deja, y parece que Arias le ha dicho que bueno, que vale. Ha estado muy bien Girón. Alguna vez tenía que ser la primera. A cierta edad, debe ser emocionante dimitir por primera vez en la vida, tiene que resultar de lo más turbador y de lo más turgente.

Pero lo principal es que no decaiga. Empezar es lo difícil. A partir de ahora, seguro que a Girón ya no le cuesta ningún trabajo ponerse a dimitir sin parar. Un día se dimite de esto, al siguiente de lo otro, y así. Seguro que para el verano, ya está Girón en plan de particular, venga de dar paseos cuando va a Fuengirola o a Marbella, o conduciendo ese «Mercedes» que él lleva de medio lao con tanta gracia, o yéndose a comer a Guria, que es un restaurante vasco que hay en Madrid, en el que me tengo yo visto a don José Antonio en plan frugal.

Si yo fuera Girón, dimitía hasta de socio del club ese que tiene Hohenlohe en la vaina marbelli. Dimitir sin parar debe dar un gusto parecido a cuando se tienen flatulencias y de repente, zaca, zaca, una liberación. Y Girón está por las liberaciones. El mismo es un hombre liberado («de la gran ciudad que le tuvo acorralado, sistintón»), como bien cuentan y no acaban los cronistas de cuando iba don José Antonio haciendo la revolución por todo Madrid, que en aquellos tiempos se hacía la revolución por Madrid de miedo, sobre todo por algunos sitios.

A dimitir, a dimitir. De todo. Aunque (ahuéquese la voz) es bien cierto que tenemos deberes irrenunciables, y traicionaríamos hasta nuestra razón de existir si de esos deberes dimitiéramos (póngase de nuevo voz normal). De la responsabilidad histórica no se puede dimitir jamás. ■ RECOLETOS.

